



C. O. Bunge

Tres narraciones vulgares

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

C. O. Bunge

Tres narraciones vulgares

Una joven

(Autorretrato)

I

Hoy me ha venido a la cabeza la idea más curiosa, la más extravagante, la más absurda. No es, por cierto, la de casarme, ni la de meterme monja, ni la de declararme feminista y emancipada. Es quizá, peor que todo eso... ¡Háseme ocurrido nada menos que escribir, en forma de "memorias", la "novela" de mi vida!

En otras circunstancias, con otro temperamento, con otra vida, podrá, sin duda, hacerse del sujeto de la autora tema de una novela. ¡Pero en mis circunstancias, con mi temperamento y con mi vida! Sólo el pensarlo me hace sonreír; verdad es que con sonrisa, si no triste, tampoco enteramente alegre...

Por mi pasado, mi presente y mi porvenir no me veo absolutamente novelizable. Me hallo todo lo más opuesto a una narración poética o dramática. Las heroínas literarias son siempre más o menos insensatas, y la sensatez es mi cualidad predominante. Las heroínas literarias son, por regla general, apasionadas y ostentosas, y yo soy desapasionada y retraída. Otras veces, las heroínas literarias son soberbias, coquetas, malas, y yo soy modesta, sincera, buena... Por lo menos, esas heroínas viven una vida de aventuras y devaneos, pero yo hasta ahora la he pasado plácida, como hija de honestísima familia, junto a los míos, sin percances ni peripecias de ningún género... ¿Cómo hacer, pues, pobre personita, una heroína de novela?

Entendámonos, hija mía. ¡Entendámonos, Felicia! Yo no hablo aquí para los demás, sino para mí misma. Quiero escribir *mi novela*, antes que para curiosos e indiscretos lectores, para leerme yo a solas, para conocerme, para hacer el balance de mi propia alma. Sin embargo, no es un insípido "diario" de *jeune filie* lo que quiero escribir. He dicho que esto será, bueno o malo, una novela...

Es que, francamente, sin falsa modestia, muy bien puedo confesarme, a solas conmigo misma, que tengo una rica vida interior. No habré pasado patéticos momentos en esta burguesa casa de mis padres. No he deslumbrado como reina de los salones, ni he buscado jamás la aureola de la artista o de la literata. Menos he conocido las angustias de la pasión desbordante... ¡Nada de eso! Sin embargo, la vida de mi inteligencia y de mi corazón ha sido siempre activa y silenciosa, como una arañita que teje y desteje su tela en el follaje de un durazno en flor.

Soy observadora y soy sentimental. ¿No bastan estas dos condiciones para hacer interesante la vida interior de la señorita más retirada y sencilla? He dicho "retirada y sencilla"; mas he de reconocer que mi retiro no es tan completo como para que no mire y analice el mundo

por una ventana, desde mi torre, y, seguramente, mi sencillez no es tanta como para negar que tengo el alma llena de la inquietante quietud de un lago dormido bajo el beso de la luna.

¡Un lago dormido!... Ya lo ves, Felicia; hoy que estás a solas contigo misma, escribiendo tu novela únicamente para ti, se te ocurren metáforas poéticas. ¿No te prueba ello hasta la evidencia que no eres un espíritu vulgar?... Pues bien, donde no hay vulgaridad, siempre puede haber novela.

II

¿Para qué escribo estos mal pergeñados renglones? ¡No ha de ser, por supuesto, para conquistar gloria literaria! El hecho es que los escribo de puro aburrida. Estoy de luto por la muerte de mi abuelita. No puedo salir. Encuentro tonta la lectura de novelas para niñas. No soy suficientemente pedante para leer filosofías. ¿Qué hacer, por tanto? Pues escribirme a mí misma, y luego leerme. ¿No es ésta una manera de matar el tiempo?

Pero sé franca, Felicia. Ya que te estás desdoblando en escritura y lectura de tu propia novela, ya que te haces la confidente de ti misma, sé franca... Di de una vez que no sólo por aburrimiento y a falta de cosa mejor escribes tu novela. Hay algo más...

No sabría explicarme este "algo" en dos palabras. Muchas necesitaría, y acaso no lo podré de ningún modo. El caso es que me hallo en un momento... -no sé si atreverme a decirlo...- en un momento de mi vida que podría llamar "crítico". ¡No! Crítico es decir mucho, es decir demasiado... Más bien diré en un momento de dudas y de vacilaciones, en una de esas horas en que se toma una resolución irrevocable o se produce un vuelco total. Me parece que estoy en vísperas de que me suceda "algo". Sin duda, lo presiento; "algo" fundamental va a sucederme. ¿Qué? ¿Bueno o malo? No sé, no podría decirlo, no llego a preverlo. Echa una mirada a tu alrededor, Felicia. Tu vida es siempre la misma, igual, monótona, sin perspectivas. Desde que naciste vives con tus padres, con tus hermanos, en un hogar sano, sin secretos ni dramas.

Echa también una mirada en tu interior, Felicia. ¿Eres feliz? ¿Te hallas contenta y satisfecha con tu suerte? Siempre, como engañándote a ti misma, te has dicho que sí. Ahora, pensándolo mejor, crees que no. Te falta "algo".

¿Qué me falta? He aquí el problema. Amigas, desde la escuela, tuve dos, y excelentes: Fina y María Teresa. Ellas se han casado; tienen marido e hijos. Por esto me resultan ahora un poco menos íntimas que antes, cuando las tres éramos solteras. ¿Será un novio lo que necesito? ¡Dios me libre de semejante debilidad! Si tanto requiriese novio, me hubiera comprometido con alguno de mis pretendientes. ¿Será que no nací para querer a un hombre? Mucho me lo temo. En tal caso, lógico es que no puede ser novio el factor desconocido que me falta y casi espero...

A primera vista, cualquiera pensaría que mi extraño estado de ánimo se debe a que me hallo en una edad en que la mujer soltera debe decidirse o por el matrimonio, o por quedarme definitivamente a vestir imágenes, como vulgarmente se dice. ¿Tengo vocación para casada? ¿La tengo para soltera? Yo misma no sabría decirlo. Si se me obligara a resolver el problema lo haría con una doble negativa: no he nacido ni para casada, ni para soltera. Siendo así, ¿para qué he nacido? Misterio es este que no alcanzo a explicarme, y que acaso nunca lo explicarán los doctores de la Santa Madre Iglesia ni los filósofos de la Santa Madre Ciencia.

Ignoro la opinión de papá, pero conozco muy bien la de mamá. Mamá desea con toda su

alma que me case. En su vida, deslizada hasta ahora en doméstica felicidad, hay una preocupación seria. Ni yo ni mi hermana menor, Carmencita, damos prueba de tener disposiciones matrimoniales; vamos dejando pasar el tiempo sin tomar ninguna resolución. ¿Qué esperamos? La vida no tiene más que una juventud, y es ésta la edad del matrimonio...

La verdad es que yo, al menos, comprendo la preocupación de mamá. La mujer soltera resulta un tanto desairada. Corre el riesgo de encontrarse, tarde o temprano, sola en el mundo. Ha de sentir entonces el frío de una vida sin calor ni objeto. Será un "alma solitaria", más o menos solitaria, que es casi tanto como decir, cuando se trata de un temperamento apático como el mío, un ánima en pena. ¿Será realmente, más adelante, mi vida de soltera un purgatorio?

III

¡Qué suerte tienen los hombres en no nacer mujeres! Ellos sí que pueden hacer su soberana voluntad en punto tan fundamental como el matrimonio. ¿Quieren casarse? Pues novias no han de faltarles. ¿Quieren quedarse solteros? Pues tendrán a su disposición todo género de ocupaciones para llenar provechosa y amablemente sus horas.

En nosotras, pobres mujeres, el caso es muy distinto. Si queremos casarnos con tal o cual hombre, no podemos llevar la iniciativa sin faltar al decoro del sexo. Tenemos que aceptar al que se nos presenta, y, en caso de no aceptarle, que resignarnos a la eterna soltería. Una vez solteronas, cuando carecemos de aptitudes artísticas, no nos podemos ocupar en política ni en negocios para llenar el vacío de nuestra vida. Quedamos condenadas a aburrirnos, a servir de blanco a las bromas, a malgastarnos y envejecer en el menos cariñoso y más estéril aislamiento... ¡Qué suerte tienen los hombres en no nacer mujeres!

IV

Para el mundo, entre mis condiciones, la primera es la modestia. En realidad, soy modesta; lo he sido siempre. Me ha gustado pasar inadvertida, por lo que bien se me podría comparar con la clásica violeta, que esconde su discreto matiz y delicioso perfume.

Soy modesta porque, como observadora, percibo lo ridículo. Nada me choca más que esas mujeres ingenuas y vistosas, que se yerguen, esponjan y pavonean como las anémonas y las dalias, las flores de vivos matices y sin perfume. Lejos de inspirarme simpatía, les tengo cierta compasión. Sin embargo, ellas, esas que tienen viento en la mollera, son las más dichosas. Por esto he pensado muchas veces que, así como el ser inteligente en el hombre es una virtud, en la mujer es capitalísimo pecado...

Pero no soy inteligente porque pretenda serlo. Lo soy por naturaleza, casi contra mi voluntad. He nacido así; el hecho no tiene remedio. Todo lo que puedo poner de mi parte es no cultivar mi inteligencia, y casi disimularla. Esto me viene muy bien, porque soy también un poco perezosa. Como mi inteligencia no es de aptitudes artísticas o literarias, sino más bien una clara intuición de las cosas y cierta sagacidad para penetrar las humanas miserias, yo me la guardo para mí misma; la tengo cerrada con llave de oro. Nunca, ni en la escuela, me gustaron las niñas sabias. Siempre traté de no sobresalir, especialmente respecto de mis amigas Fina y María Teresa, que, por otra parte, no son menos inteligentes que yo. Así, mi excepcional capacidad sólo ha sido conocida de ellas y de mi familia. Para el público no soy más que una señorita discreta y bien educada.

Nunca tuve pretensiones en cuanto a mi físico. Tanto he tratado de convencer a todos de que me creo fea, que yo misma he acabado por engañarme. Pero vamos a cuentas: ¿soy en realidad tan desgraciada de rostro y de figura? Muchos me han dicho que soy bonita; claro es que no les he creído. Por sistema., no creo a nadie; sólo me creo a mí misma. Pues bien, Felicita del alma, obsérvate, mírate al espejo y da tu fallo. ¿Eres fea?

No, mil veces no. Tengo una fisonomía fina, suspicaz, pura; algo esquiva y como reservada. Mis pupilas son de un matiz castaño claro y de mirada viva y honda. El óvalo de mi rostro es perfecto y algo infantil, casi como el de una *girl* de dibujante norteamericano. Solamente la boca perjudica un poco mi belleza; aunque de labios delgados, es un tanto grande, y generalmente tiene un gesto como de desdén o de fastidio. Este gesto suele hacerme antipática a los que no ven más que las apariencias, es decir, a la mayoría de los mortales.

Mi figura es "distinguida". Soy baja de estatura, y bien proporcionada. No obstante, pudiera achacárseme el defecto de que tengo el talle demasiado corto, o bien las piernas demasiado largas. Pero tal desproporción está hoy de moda y me da cierto aire de imagen prerrafaelista y modernista. Mi cabellera es como bronceada, larga y sedosa, y mis pies son breves y aristocráticos. Seguramente, no falta quien me haya encontrado manos de princesa o de hada. Para mí, su blancura, es simple, de indicio de que no desciendo de jornaleros, y esto basta a mi sensatez de mujer.

Se dice que soy demasiado seria. El hecho es que no sé reír sino muy en la intimidad, con mis amigas Fina y María Teresa. Ahora que ellas me han abandonado, puesto que viven entregadas a sus respectivos maridos e hijos, ya no río. Me he olvidado de reír. Apenas si sé todavía sonreírme.

Según mamá y mis amigas, mi principal deficiencia consiste en no ser coqueta. Sin embargo, lo soy a mi manera, y, por cierto, no ha de faltarme gracia. La propensión analítica que constituye el fondo de mi temperamento intelectual me da, sin duda, pausa y empaque de gran dama. Claro es que de gran dama de otros tiempos, porque en este punto no me siento nada moderna.

Por la natural independencia de mi criterio tengo desenvoltura y aplomo. No los revelo, tratando de asemejarme en lo posible a las demás muchachas; hasta me gusta parecer vacilante y cavilosa. Es que las mujeres estamos obligadas; más que nadie, a adaptarnos al medio ambiente y al gusto reinante. Bien lo sabré yo, que, no obstante detestar a la modista y los trapos, tengo que pensar en mis trajes y que discutirlos largamente con mamá. Por suerte, ella sabe lo que hace. Si yo nunca me he puesto un vestido *dernier cri*, al menos siempre los he llevado bonitos y a la moda. No quiero llamar la atención en ningún sentido. Esto es todo.

V

Me gusta la música y poseo una voz bien timbrada, aunque tenue. Sé tocar algo el piano, especialmente leer a primera vista piezas no muy difíciles. Pero como no tengo paciencia y detesto en todo el *virtuosismo*, no he aprovechado mis aptitudes. Además, no ha de olvidarse que la pasión musical de las niñas es para hacerse admirar de los hombres, o sea para encontrar muchos adoradores y un marido. Las mamás les hacen lucir sus habilidades, en público, como a animalitos bien adiestrados. Felizmente, yo no busco ni el aplauso ni la simpatía de nadie, y mamá ha debido renunciar -no sin pena, por cierto- a que yo sorprenda el Universo con mi talento, con mi voz o con la pianística agilidad de mis dedos.

Sobre todo, el canto, el *bel canto* en los salones me crispa los nervios, me enfurece, me aniquila. Nada más ridículo concibo que una espiritada señorita o una voluminosa matrona desgañitándose, con insolente descote, en francés, en italiano o en valapück. No puedo menos de compadecerlas y de avergonzarme por ellas cuando las veo de pie, junto al piano, de larga y fúnebre cola, y junto al pianista, de mirada tan larga y fúnebre como la misma cola del piano. Mi piedad y rubor suben todavía de punto, si cabe, al oírlas chillar frases tan grotescas como *je t'aime helàs!*, y otras por el estilo. Muy distinta impresión me causarían, por cierto, si, menos emperifolladas y solemnes, cantaran, en buen castellano, cosas más sencillas y naturales. Pero, entonces, los hombres no se quedarían boquiabiertos ni manicerrados.

Por temporadas, embadurno telas y porcelanas. Mas tampoco parece que esta bella arte puede apasionarme. Es demasiado concreta para mí, que, al revés de las demás mujeres, soy dada a especulaciones. Sé soñar, como las damiselas literarias que inventan los hombres, esos sempiternos soñadores.

Naturalmente, soy aficionada a la lectura. Pero como los libros verdaderamente interesantes están prohibidos para las niñas, no leo. Por otra parte, ¿qué cosa verdaderamente interesante no nos está prohibida?... Se dice que ya no existe la esclavitud. Tal vez sea así para los hombres. Pero las mujeres que no hemos sacado "patente de corso" en un acta matrimonial somos todavía esclavas. ¿De quién? Más que todo, de nosotras mismas.

Si tuviera que ganarme el pan, sería maestra de escuela. Hallo a los chicos más simpáticos que a los grandes, aunque, en verdad, no los creo mucho mejores...

En caso de haber nacido varón sería hombre de campo. Me gustan los animales; esos sí que me parecen mejores que los hombres, y aun que las mujeres. Además, por pasatiempo, escribiría cuentos y novelas. ¡Pero no versos! Los versos no se pueden escribir si no se tiene genio. Felizmente, no lo tengo, ni lo tendría en ningún caso. Debe ser horriblemente desagradable eso de ser un monstruo humano. La felicidad, para mí, estriba en no ser peor ni mejor que los demás.

VI

Ven acá, Felicia. Cierra la puerta de tu amable aposento. Siéntate ante tu mesa; siéntate y escribe. Vence tu natural pereza de niña acostumbrada a no ocuparte nunca en nada. Hace una larga semana que no tomas la pluma. ¿Olvidas que te habías impuesto la tarea de estudiarte y de consignar tus observaciones en una larga conversación contigo misma?

¡Es que estoy tomando en serio mi propia personita! ¿Habrás visto nada más inconveniente? ¡Pobres de nosotras, las niñas, si nos tomáramos siempre en serio! ¡Bah!...

En todo caso, ya que tanto espero de mi soliloquio, de mi conversación escrita, prosigo... ¿Por dónde iba? En realidad no iba por ninguna parte, me parece; ni siquiera sé a dónde voy...

Recapitula, Felicia. ¿No hacías el balance de tu deber y haber nada menos que con la felicidad? Planteada más correctamente la cuestión, ¿eres feliz? Claro es que no se trata de la felicidad en un sentido absoluto. ¿Es que hay alguien que así lo sea, verdaderamente?... Sólo se trata de saber si estás contenta o descontenta de la vida...

Para resolver el problema habría que emplear lo que los pedantes llaman, si no me equivoco, un "método genético", primero, y después, el "método comparativo". Tengo que estudiar mi pasado hasta el presente, y comparar mi presente con el de otras personas comparables a mí, por ejemplo, con el de mis amigas Fina y María Teresa...

Mis recuerdos no van muy lejos. Solamente sé que he sido una buena chica, juiciosa, algo aplicada, sin defectos graves, de buen corazón y mejor cabeza. ¿Qué pensaba yo entonces de la vida, cuando andaba de trenza suelta, pollera hasta la rodilla y media corta? ¿Me habría figurado el mundo distinto de lo que en realidad es? ¿Cuáles fueron mis ideales y ambiciones?...

Veamos. Yo no me preocupaba entonces de penetrar mayormente en el corazón de la vida. Me bastaba con vivir el día, más o menos como los pajarillos. No tenía pensamientos graves. Creía que iba a ser una señorita como cualquier otra, una novia como cualquier otra, una esposa y una madre como cualquier otra: Nada más...

Con estos pensamientos, más instintivos que razonados, yo era relativamente feliz. En el colegio francés del *Sacre Coeur* encontré a mis dos amigas. ¿Cómo? No podría decirlo. Teníamos la misma edad, sentimientos semejantes, iguales ideas. Nos diferenciábamos de las demás chicas en que pensábamos, no mucho seguramente, pero lo cierto es que sabíamos pensar siquiera algo. Tal vez por esto nos hicimos amigas.

Acostumbradas a vernos diariamente, acabamos por ser francas y sinceras en nuestro trato. Nos comunicábamos nuestras opiniones, si bien no sin esa íntima reserva propia de nuestro sexo en todas las edades.

Fina era de exquisito temperamento literario. María Teresa tenía inclinaciones mundanas. Yo, aunque carecía de lo uno y lo otro, comprendía el mundo de María Teresa y la literatura de Fina; venía así a servir como *trait d'union* entre ellas. Las tres formábamos, pues, un trío armónico, muy bien visto de las *madames*, esas pobres maestras a quienes las otras niñas solían dar tanta guerra inocente.

Fina tenía entonces una idea fija: creía que iba a profesar de religiosa y entrar en una congregación docente. Por esto se esmeraba en el perfeccionamiento de su educación. Aunque ella no nos hablaba de su proyecto, nosotras lo conocíamos y lo respetábamos, creyendo que de todas maneras lo llevaría a término.

María Teresa tenía aspiraciones menos místicas: los salones, el amor, la familia. Pero no era menos reservada que Fina. Antes que comentarlo, nosotras adivinábamos el castillo interior que cada una se había construido en el sagrado de su alma. Ciertamente, yo era la más comunicativa, tal vez porque tenía proyectos menos definidos.

Las tres éramos formales, acaso demasiado formales para nuestra edad. Sólo sabíamos reír y bromear cuando estábamos solas y no nos escuchaban oídos indiscretos. Es que, en el fondo, desconfiábamos del mundo. Sin ser tímidas, nos asustaban las cosas y los hombres. Teníamos la intuición de que en la realidad no era todo de color de rosa... Por esto, nuestra amistad era para nosotras como un oasis donde nos refugiábamos con gusto.

Mi mayor placer era reunirme con mis amigas y charlar las horas muertas. Charlábamos hasta por los codos, a pesar de ser en general tan calladas. Nunca nos faltaban cosas que comunicarnos y asuntos que comentar. ¿Qué cosas? ¿Qué asuntos? Nimiedades, niñerías, que ahora no recuerdo, aunque entonces considerábamos de capital importancia.

Fina llevaba un diario minucioso de su vida, y, por consiguiente, hasta cierto punto, también de la nuestra. Solía leernos páginas de ese diario, que solamente las tres conocíamos. Tales lecturas nos resultaban muy divertidas. Siempre hacíamos agregar o cambiar algo a nuestra historiadora. "Esto es cierto, aquello es exagerado, yo no he dicho tanto..."

¡Cuánta distancia va de aquel diario que escribía Fina a las memorias que yo ahora escribo! Mi corazón era más espontáneo, mis ideas más simples, mis esperanzas más firmes. ¿Será que he envejecido? Todavía no es tiempo. Pero si envejecer consiste en la facultad de ver la

vida más o menos tal cual es, yo era ya algo vieja cuando andaba de trenza suelta, pollera hasta la rodilla y media corta.

VII

Amiga íntima de Fina y de María Teresa, claro es que he mantenido trato con sus respectivas familias. Hay en ellas tipos interesantes, sin duda. Siempre uno de los que llamó mayormente mi curiosidad fue Carlos Alberto, el hermano mayor de Fina. Como ha sido festejante de mi hermana Carmencita no me han faltado oportunidades para conocerle.

Mientras fui chica, para mí era un enigma. Hoy ha dejado de serlo.

Es un intelectual, que vive metido entre los libros. Aunque frecuenta algo el mundo, se ve que más le atraen sus estudios de sociólogo y de jurista. En su conversación parece algo brusco y discontinuo. Sin embargo, es casi un romántico. Antes, yo le tenía un poco de miedo. Ahora, le tengo esa especial simpatía que nos inspiran los niños. Con todo su talento, sus genialidades y su saber, no es más que un niño grande. Casi me atrevo a decir que nunca sabe lo que quiere.

Creía querer a Carmencita. Así se lo ha demostrado cortejándola asiduamente. Por mi parte, siempre dudé, no de su sinceridad, pero sí de su amor. Nunca he podido figurármele casado con mi hermana, y esto se me antojaba síntoma inequívoco de que el matrimonio no había de realizarse. ¿Por qué? No sabría decirlo.

El hecho es que Carmencita no le ha aceptado. Le aprecia, sin creerse capaz de llegar a corresponderle. En tal caso, no puedo menos de aprobar la conducta de mi hermana. Los noviazgos más o menos convencionales casi nunca terminan con felicidad. Son como manjares recalentados; acaban por tener mal sabor, o por hacerse insípidos...

A mí me da un poco... -no sé cómo decirlo...-, un poco así como de lástima, ese Carlos Alberto. Fundamentalmente bueno y leal, me parece que ha sido siempre bastante desgraciado. Su situación tiene alguna semejanza con la mía. Pero a él, que es hombre, no le faltan derivativos para engañar sus tristezas. Tiene sus libros, sus quehaceres, su carrera, su porvenir, ¡mientras que yo!...

VIII

Otro hermano de Fina que también he tratado casi a fondo es Enrique. Locuaz, alegre, dúctil, aunque no carece de algo parecido fraternal con Carlos Alberto, es bastante diferente.

En otra época, Enrique inició, o, mejor dicho, quiso iniciar un *flirt* conmigo. Tuve el buen tino de atajarle a tiempo. Yo no sirvo para esas cosas; soy demasiado franca para dar alas en sus festejos al pretendiente que no he de aceptar. Nunca tuve la vanidad de hacer conquistas; no me inspiran el menor aprecio esas niñas que se divierten engañando a los hombres. Sin embargo, en sociedad, ellas parecen ser las más apreciadas y prestigiosas... Los festejos de Enrique a mi insignificante persona y los de Carlos Alberto a mi hermana me han dado que pensar. Decididamente, los hombres no tienen tacto en esas cosas. Son menos seguros y clarividentes que las mujeres. No nos equivocamos nosotras tan fácilmente; siempre sabemos de seguro quién nos quiere y a quién queremos... Sólo nos engañamos cuando deseamos engañarnos. Mientras ellos mariposean de un lado a otro, nosotras vamos derecho a nuestro fin. Si perdemos el tiempo en galanteos es porque sabemos, más instintiva que razonadamente, que ese es el mejor medio de estimular la

pasión de aquel a quien tenemos elegido de antemano.

En semejante materia he sido más bien la excepción. Yo también me he engañado a mí misma, como los hermanos de Finá. Pero ni siquiera en estas páginas íntimas me atrevo a confesarlo...

IX

¿Qué has escrito, Felicita del alma? ¿No era que aquí pondrías toda, pero toda la verdad?

¿Es posible que quieras ocultarte ahora, a ti misma, tan señalado episodio de tu vida?...

En rigor, como nadie más que yo ha de leer estas páginas, no me importa recordar en pocas palabras aquel bendito episodio de mi vida. Es ello que yo también tuve un festejante resuelto, pegajoso, tenaz, algo como un *chevalier servant*, como un tábano, como un forúnculo... ¡Galíndez!

Pero lo cierto es que Galíndez era un buen muchacho, simple, trabajador, mediocrementemente ambicioso. Su más acendrado anhelo fue siempre casarse conmigo. Esto constituía para él una obsesión, un rumbo, un fin...

Creo que, en realidad, yo no le daba alientos. Sin embargo, no le despachaba de una vez por todas, como acaso debiera haberlo hecho. No era esto por coquetería, ni tampoco por vanidad... Era más bien para tener a mano una soga con que ahorcarme, si llegaba a decidirlo...

Pues bien, no ha mucho me creí decidida a ahorcarme. Escuché a Galíndez con marcada benevolencia. El pobre hombre creyó haber tocado el cielo con la mano... Pero cuando, después de la entrevista sentimental, llegué a casa y me puse a pensar a solas, comprendí que había ido demasiado lejos, y escribí una esquelita a Galíndez para desengañarle y concluir. ¡Yo no podía lealmente decir que sí, para siempre, a quien, en realidad, me aburría y cansaba! Un marido que no me interesaba, ni siquiera intelectualmente, tendría que hacérseme insoportable, a la larga o a la corta. Sería una cruz, y mi vida un calvario. Por mi parte, no tengo vocación de sacrificio... ¡De cometer el disparate de casarme, que no sea sino por amor!

A pesar de todo, acaso tenga yo vocación para el sacrificio, como toda mujer. En nuestro ser íntimo, a nosotras nos gusta sacrificarnos; pero por algo que valga la pena: hijos, marido o padre... ¡Y lo cierto es que Galíndez, con sus excelentes condiciones, que reconozco, no valía la pena!

Por ahí ha dicho un filósofo -Renán, me parece- que la felicidad de la vida consiste en "entregarse a una pasión o a un deber". Bien quisiera entregarme, ya que no a una pasión, a un deber. Pero yo encuentro a mi alrededor este deber fundamental, absorbente, tiránico. Hasta ahora, mis deberes, siempre cumplidos, fueron sosos y mediocres. Si Galíndez hubiera sido un gran hombre, acaso me hubiera resignado al deber de endulzar su vida. No es imposible que la pasión viniera después del casamiento; como si dijéramos, la sopa después del postre...

X

Tanto me llaman "escéptica", que he acabado por aceptar que realmente lo soy. "Escéptica" quiere decir, si no me engaño, la que duda, la que no cree. Hurgándome bien, a fondo, ¿es verdad que yo dude de todo, que no crea en nada; en fin, que sea una escéptica empedernida, incurable?...

En punto a ideas trascendentales -admitido que las mujeres tengamos tales ideas-, nada más lejos de mí que la negación sistemática; más bien me inclino a creer sistemáticamente en todo. Soy católica, apostólica, romana, y convencida y observante. Creo en Dios uno y trino, en la Inmaculada Concepción de la Virgen María; en los sacramentos, en los santos, en cuanto aprendí en el catecismo y me enseñaron las maestras y confesores del colegio. Piénsalo bien, Felicia: ¿Eres católica sólo porque has recibido el agua bautismal? ¿Lo eres porque debe serlo toda niña bien nacida y educada? ¿Lo eres para el mundo más que para ti misma?...

¡Oh, no! Soy católica porque *me siento* católica. ¿Qué sería de nosotras si no tuviéramos la perspectiva del más allá y el consuelo de rezar? ¡Pobre de mí si mis padres y maestros me hubieran hecho descreída, verdaderamente escéptica en lo religioso!

Mi necesaria religiosidad no quiere decir que crea a ojos cerrados en el infierno. Creo en el cielo, un poco en el purgatorio y nada o casi nada en el infierno. ¿Cómo imaginar que nuestro Dios de bondad sea tan cruel que castigue con el fuego inextinguible a quien El mismo obsequió con la vida y con la desgracia de ser malo?...

Además, no necesito de la amenaza del infierno para temer y amar a Dios. Me basta con conocerle, con saber que existe.

Tampoco es filosófico o científico mi "escepticismo". ¡Líbreme mi Dios de bondad de semejante pedantería! No soy filósofa ni mujer de ciencia por la sencilla razón de que no me gusta ocuparme en los grandes problemas. Esto quede para los hombres, siempre tan aficionados a perder su tiempo, en vaguedades y abstracciones. Nosotras, las mujeres, cuando somos inteligentes propendemos a aplicar nuestras facultades a cosas más prácticas y concretas.

Si no soy escéptica ni en lo religioso y moral, ni en lo filosófico y científico, ¿dónde está mi "escepticismo"? ¿Habría de ser esto simple invención de las gentes? ¿Seré yo la más crédula en la congregación de las Hijas de María?...

Mírate bien a la cara, Felicia. Obsérvate en tu interior. Analiza tus pensamientos íntimos. ¿Eres escéptica *en algo o por algo*?... ¡Pues bien, sí, mil veces sí! ¡Soy escéptica en materia de amor!, y lo soy por mi observación y experiencia. Dudo concienzudamente de que los hombres y las mujeres sientan esos amores que generalmente simulan a los demás y se simulan a ellos mismos para casarse y fundar una familia. La regla general es que no se quieren sino muy tibia y parcamente, por convicción, por sugestión, por autosugestión. ¿Quiere esto decir que la Humanidad haya perdido ahora esa capacidad tal de enamorarse? No, no es eso. El amor subsiste *quand-même*, pero sólo en el pueblo sano y sencillo... En la clase social a que pertenezco, apenas si vislumbro su sombra o remedo, al menos de la parte que me interesa y mejor he observado: en los noviazgos y casamientos. Entre las gentes que el vulgo llama, no sin propiedad, "los ricos", de cien matrimonios, unos setenta se hacen principalmente por razonamiento de una y otra parte; unos veintinueve, por amor de uno de los dos novios, y apenas uno por pasión espontánea y recíproca de ambos. Estas son las consecuencias a que he llegado.

Claro es que no hablo de los matrimonios de una generación anterior a la mía, de los de nuestros padres, los míos y de mis amigas. En aquellos tiempos, las cosas debían pasar de otro modo. Refiérome a la gente joven y de mi tiempo. La vanidad y las exigencias de lujo, todo parece haber cambiado las costumbres y sentimientos de esta sociedad antes colonial, antes provinciana, antes simplemente pueblo.

Mis amigas se casan por razonamiento. No me refiero a Fina ni a María Teresa porque me tocan demasiado de cerca y pudieran muy bien ser excepciones; me refiero a todas en

general y a ninguna en particular. Los *flirts* de salón, que hacen de preliminares, no son nunca pasiones hondas, humanas. Los consejos de los padres, que sirven de apoyo, atañen más a los intereses que a la pasión. Las ideas de los mismos novios, hombres y mujeres, los llevan más a la necesidad de casarse que a la de enamorarse. ¿Qué se le deja, pues, al amor?

XI

¿Acaso Enrique, y el mismo Galíndez, han estado enamorados de mí? ¿Lo estuvo, por ventura, Carlos Alberto de Carmencita? Han sido rechazados, y siguen tan campantes y satisfechos... ¡Eso no puede ser amor! Si lo fuera, habrían enflaquecido, se meterían frailes, se suicidarían, ¡qué sé yo!...

Alguna vez me he temido que idealizara demasiado el amor. Suponiéndolo algo poderoso y extraordinario, acaso me apartaba de la realidad. Sin embargo, basta leer periódicos y revistas, ya que no poemas ni novelas, para saber que aun existe y triunfa. Sólo falta entre nosotras las muñecas vestidas de baile, y entre ellos, los muñecos de frac y de corbata blanca. Soy escéptica, pero únicamente respecto del amor en la clase social a que pertenezco. ¡Harto restringido e inofensivo resulta, pues, mi escepticismo!

Una vez, como se me tildara de escéptica en casa de Fina, Carlos Alberto dijo:

-No es cierto. La "sabia Felicia" no es escéptica; es simplemente sabia.

Varias veces me había llamado Carlos Alberto la "sabia Felicia". Como yo abomino de las niñas sabias, tuve que protestar... ¿Por qué se me llamaba así, siendo yo una ignorante?

Carlos Alberto explicó:

-En una deliciosa novela pastoril de la vieja literatura española, la *Diana*, de Jorge de Montemayor, hay un personaje a quien el autor llama siempre la "sabia Felicia".

Permítame usted, Felicia, que, con un recuerdo clásico, la llame siempre "sabia". El nombre le cuadra y sienta... No conozco, por otra parte, que exista otra Felicia que esa en ninguna literatura, así como en la vida no he tropezado con otra Felicia que usted. ¡Hay cierta fatalidad en los nombres!

Picó esto mi curiosidad, y pregunté:

-¿Quién es esa "sabia Felicia". ¿Qué hacía?

Carlos Alberto contestó:

-Era una gran dama medio bruja. Vivía recluida en un hermosísimo palacio, en el centro de una selva, como la Bella Durmiente en el bosque. Pero no dormía: velaba sobre los humanos. Vestida severa y lujosamente de negro, recibía en sus estrados a los pastores y pastoras que eran infelices en el amor. Les daba regia hospitalidad y, lo que es más generoso, una agua mágica que ella misma fabricaba, de la cual se ha perdido, desgraciadamente, la receta.

No pude menos de interrogar para qué servía esa agua...

Carlos Alberto sacó de la biblioteca un volumen impreso con caracteres antiguos, lo abrió y me dijo:

-Vea usted. Aquí está. El agua de la "sabia Felicia" tenía un poder admirable. El que tomaba un trago caía dormido, y al despertar había olvidado por completo sus amores desgraciados.

-Lo que es hasta ahora -repuse- no sé de nadie que necesite de tal agua...

-Es que había algo más. Esa agua no sólo hacía olvidar los amores desgraciados, los no correspondidos, sino que también era al mismo tiempo un filtro de amor feliz, de amor correspondido. Si Sireno estaba enamorado de Diana; Diana, de Alcino; Alcino, de Filis, y

Filis, de Sireno, y todos eran desgraciados, la "sabia Felicia" le hacía beber a los cuatro. Caían ellos dormidos, y al despertar, la situación había cambiado. Sireno olvidaba a Diana y amaba a Filis, de quien era a su vez amado. Alcino olvidaba a Filis y amaba a Diana, y formaban otro idilio. Fraguábase así la felicidad de las dos parejas. Tal era la obra bondadosa de su tocaya y semejante, la "sabia Felicia".

Y, en apoyo de su disertación, me citó Carlos Alberto algunos párrafos, realmente encantadores, de la *Diana* de ese Montemayor. Manifesté yo cierta curiosidad por leer el libro; pero, colocándolo de nuevo en el anaquel de la biblioteca, me dijo Carlos Alberto, con ironía que no pudo menos de herirme:

-Disculpe usted, "sabia Felicia". No es una novelita *pour jeunes filles*.

¡En eso estábamos! Ellos pueden leerlo y saberlo todo; nosotras no hemos de leer más que tonterías e ignorarlo todo. ¡Qué burla cruel llamar a una niña, cualquiera que sea, escéptica o no, "la sabia Felicia"!

XII

"¡Hay cierta fatalidad en los nombres propios!", según dice Carlos Alberto. No le falta razón, en general. Yo no concibo a una Juana o Josefa sino simples; a una Anastasia o Sinforosa, sino feas; a una Laura o Lidia, sino vanidosas... A veces, esa fatalidad parece eludirse con un diminutivo o apodo familiar. Josefa deja de ser lo que indica su nombre si todos la llaman Pepa; Sinforosa, si es conocida por el diminutivo de Fina; Laura, si sólo responde cuando le dicen Nena...

Vengamos ahora a mi caso. Me llamo Felicia. ¿Qué significa mi nombre? Evidentemente, si algo significara sería felicidad. ¡La fatalidad de mi nombre es que yo he nacido para ser feliz! ¿Es esto lo que me descubrió Carlos Alberto? ¡Pobre hombre!

Casi me atrevería a decir, y creo haberlo dicho ya, que no he nacido para ser feliz, aunque tampoco sirvo para ser desgraciada del todo... ¿Vendré a resultar algo como un término medio razonable y discreto? ¡Tampoco! La verdad es que me pierdo en estas conjeturas y divagaciones... Tal vez no sepa lo que seré en definitivo, aunque, en verdad, nada inclinada me siento al optimismo. No obstante pasar por escéptica, estoy descubriendo que más bien soy pesimista... Mis dudas, antes que tales, son simplemente desconfianza. Desconfío de los hombres y de las cosas. Desconfío hasta de las mujeres...

¡Sé enteramente franca, Felicita, y dítelo todo de una vez! Despójate aquí, contigo misma, del orgullo del sexo a que perteneces, y confiesa al fin que las mujeres son aún más disimuladas y traicioneras que los hombres. Salvo cuando se trata de sus hijos, resultan menos capaces de sensibilidad, de generosidad, de altruísmo. En este punto, yo, así como mis amigas Fina y María Teresa, representamos la excepción; tenemos, naturalmente, una lealtad, más que femenina, varonil. Siendo muy mujeres en todo lo demás, ahí nos hacemos superiores a nuestro sexo. ¡No sabemos engañar!

Veo que en esto, en las digresiones sobre mi lealtad, me aparto de lo que ahora trataba: la fatalidad del nombre que me pusieron en la pila del bautismo. Es un nombre de familia, por cierto bastante raro y casi ridículo. En mi señora abuela no estaba mal, puesto que ella, con su carácter bondadoso, su serena belleza de matrona, su excelente marido y no menos excelentes hijos, fue siempre algo como una personificación de la antigua felicidad doméstica. ¡Pero en mí!... Yo podría más bien llamarme... ¿Angustias o Soledad?... ¡Dios me libre!... Podría llamarme... en fin, no sé cómo... ¡No encuentro para mí otro nombre que el de Felicia! Esto me parece casi de buen augurio.

No era del todo desacertado aquello de la "sabia Felicia" que espetó Carlos Alberto. Otros y otras me han dicho antes algo parecido. Entre ellos, por supuesto, Galíndez. Para mi empedernido festejante yo sabía demasiado... Por saber demasiado no aceptaba su blanca y vellosa mano. Sin embargo, repito, en cuanto a saber, lo que se llama saber -historia, literatura, ciencias, artes-, sé bien poco. Mi educación intelectual ha sido amablemente descuidada. Lo único que tengo es algo de intuición de la vida y del mundo, y esto me parece casi una desgracia...

¡Ojalá fuese cierto que yo, como mi tocaya de la novela pastoril, pudiera fabricar el agua mágica que hacía feliz a Sireno y a Filis, a Alcino y a Diana; en fin, a todo el que la bebiera! Por supuesto, comenzaría por propinarme a mí misma un atracón de la agüita aquella. Después, se la daría a beber a los demás, es decir, a los que me rodean. La beberían mi hermana Carmencita, Carlos Alberto, Galíndez... Todos nos quedaríamos dormidos, y al despertar, ¿qué sería de nosotros? Carmencita y Carlos Alberto estarían en un idilio; Galíndez y yo en otro... Bien podría ser al revés: querríanse Galíndez y Carmencita, y Carlos Alberto y yo. Me rió sólo de pensar en la agradable sorpresa que esto causaría a mi familia y amigos. ¡Quién pudiera componer el filtro de la "sabia Felicia!"

XIII

Al comenzar estos apuntes, no releídos hasta ahora ni corregidos, me dije que serían la "novela" de mi vida y que yo estaba pasando una "crisis"... ¡Loca pretensión esta de pasar "crisis" y de tener "novela"!... ¿De dónde pude haberla sacado?... Mis días corren mansamente, como siempre, iguales, sin novedades ni emociones...

Es que yo deseaba secretamente, íntimamente, que llegara alguna vez la crisis y ocurriese la novela. Bien dicen los ingleses, esos profundos psicólogos en bruto, que *the wish is the father of the thought*... ¡No hay tal crisis ni novela! Hay sólo una pobre muchacha inteligente y buena que no sabe qué hacer de su inteligencia y bondad...

Entendamos bien la situación, Felicita del alma. ¿Qué acontecimiento de importancia te ha sorprendido desde que te pusiste a escribir hasta ahora?... Por más que busco, no encuentro... Enrique casó con una de mis tantas amigas. Galíndez se ha ido al campo, definitivamente. Nada me importa todo eso... Hay "algo" más, aunque no atañe a mi persona. Carlos Alberto se ha declarado a Carmencita, y ella, con muy buenas maneras, le ha contestado que nunca le quiso ni podría quererle; sin embargo, esperaba que siguiera siendo amigo de nosotras, como antes... Tampoco me importa este episodio, que ya tenía previsto y descontado... En fin, todo sigue lo mismo. La luna sale por las noches, no habiendo nublado, y la tierra gira como siempre alrededor del sol.

XIV

Las novelitas *pour jeunes filles*, como dice Carlos Alberto, me empalagan y desesperan, porque encuentro falso e insulso su invariable desenlace optimista. La virtud sale vencedora y premiada, y la maldad castigada y vencida. Los que son indignos el uno del otro, se separan, y los que no lo son, se casan. Todo lo más opuesto, en suma, a las tristes realidades de la vida.

He leído, sin embargo, últimamente una novela nada pecaminosa que me ha impresionado. Me ha impresionado por lo que siempre impresionan los libros y toda laya de ficciones; he encontrado en sus páginas algo de mí misma. Es *Les desenchantées*, de Pierre Loti.

Aquellas desencantadas, muchachas virtuosas e instruidas, que viven bárbaramente prisioneras en un harén, me parecen un símbolo, no sólo de la mujer turca, sino de la mujer universal de nuestro tiempo.

Todas las que sabemos pensar y sentir somos ahora, más o menos, unas "desencantadas". Pero no nos quebrará el "desencantamiento", diré, una hada benéfica para hacernos felices casándonos con el príncipe Amable. Antes bien, un maligno Merlín, con signos cabalísticos funestos, nos muestra todas las ilusiones de la libertad y del derecho, para luego soldar nuestras cadenas de esclavas de las convenciones y prejuicios seculares. Más que una "desencantada" soy una desilusionada. Esta es la palabra.

XV

Las mujeres no deberíamos pensar. Dadas las costumbres y preocupaciones de nuestra sociedad, tiene que sernos menos doloroso el analizar lúcidamente nuestros sentimientos. Más nos valiera abdicar de esa facultad divina de la inteligencia en favor de los hombres que nos rodean. ¡Que la hija piense con la cabeza del padre; la hermana, con la del hermano; la esposa, con la del esposo!... Este es el *desiderátum* para nuestro bienestar y tranquilidad, ¡no pensar!

Vamos a ver, Felicia, ¿qué has sacado en limpio y de bueno con escribir estas "memorias"? ¿Mejoraste, por ventura, tu pasión de ánimo? ¿Han servídate de derivativo las confesiones que vienes haciendo al papel? ¿Te ilustraron sobre el rumbo que debes seguir en la vida?... No, mil veces no. El escribir estas desatentadas páginas no ha tenido más efecto que el de inquietarme, y acaso también el de entristecerme. ¡Es tan peligroso sondarse hasta el fondo del alma! Es como si, al mirarnos en el espejo, viéramos, bajo las familiares formas de nuestro cuerpo, las sinuosas vísceras y hasta el tétrico esqueleto...

No obstante, advierto que me he callado muchas cosas y que he desfigurado otras. Ha sido inconscientemente. La ligera hipocresía a que el pudor nos fuerza a las mujeres en nuestro trato con los demás nos hace también en algo hipócritas con nosotras mismas. Lo somos sin saberlo. Precisamente, el llegar a saberlo es lo que puede causarnos la desazón espiritual que en estos instantes siento.

Hacíame la ilusión de decirme la verdad entera, y voy cayendo en cuenta de que tiraba un poco a engañarme a mí misma. Me he engañado, sobre todo, en lo que he escrito respecto de Galíndez. Cierto es que me pretendió. Cierto es que le rechacé. Pero no es cierto que le rechacé sólo o principalmente porque fuera opaco y simple. No le he aceptado por esposo porque no me he sentido capaz de quererle y porque, en lo más íntimo de mi ser, tengo acaso como adormecida una aspiración dominante: la de amar con toda el alma y la de ser así amada. No me resigno, no a una vida sin amor. Todo, todo lo daría -menos mi honra de mujer, naturalmente-, por ese galardón supremo de la vida. ¡Y lo peor es que voy en camino de envejecer sin alcanzarlo!

En vano he borroneado páginas y páginas de estas "memorias". Abrigaba el secreto deseo de llegar, en definitiva, a la conclusión de que tengo vocación para soltera. ¡Felicia mía! ¡Por mucho que trabajes no has de convencer a la princesa que duerme en el fondo de tu alma, esperando el beso de un galán lejano! ¿No sería mejor, por consiguiente, que dejes aquí la pluma y vuelvas a la única labor con que antes solías distraerte, entregándote de lleno a tu arte de la pintura?... Es que por mucho que haya pintado y pinto, tampoco tengo fe en mis aptitudes artísticas. Hago cosas bonitas, cuando quisiera hacerlas bellas...

XVI

Tomando, como en otro tiempo, mis pinceles de aficionada me he pasado hoy toda la mañana en el taller. Quería que el arte me absorbiera, para olvidarme de mí misma. Pues bien, no lo he conseguido. Mientras pintaba, rumiaba sin quererlo mis preocupaciones íntimas. Esto de escribir mis "memorias" me ha acostumbrado mal... ¡Deja correr la vida, Felicia! ¡No te acuerdes del ayer ni te anticipes al mañana! ¡De otro modo, sólo conseguirás acibarar tus horas y agriarte el ánimo!

Mamá y papá protestan contra la pasión de embadurnar telas y porcelanas que me da de tiempo en tiempo. A ellos les gustaría que yo fuera menos sesuda y más frívola. Acaso tienen razón. Pero, por ventura, ¿puedo yo transformarme a mí misma?

Me ha ocurrido en el *atelier* una cosa curiosísima. Dibujaba yo distraída un monigote, y, de pronto, como respondiendo a un solapado pensamiento mío, hame sorprendido, en el papel que estaba delante, una perfecta caricatura de Galíndez. ¡He de tenerle, pues, muy presente!... Lo cierto es que antes me aplicaba a pensar en él, deseosa de concluir por enamorarme. Pero, en vez de verle idealizado en mi fuero interior, le veía como envilecido. Por esto, mi mano ha delineado ahora, involuntariamente, no su retrato, sino una imagen abyecta, y ha puesto de relieve el fondo de bestialidad que debe existir en él, como en todo ser humano. Sólo el amor nos hace ver ángeles sobre la tierra.

XVII

Hará unos veinte días que Carmencita despachó a Carlos Alberto. Poco después me han invitado Fina a almorzar, y Enrique, a comer. Es evidente, para mí, que los dos hermanos de Carlos Alberto lo han hecho a pedido suyo. Pero no pude aceptar las invitaciones; no tenía con quién ir...

¡Y por cierto que me alegro de no haber ido! Imagínome que Carlos Alberto desea hacerme la confidente de su derrota. Tal vez me reconvinga; tal vez quiera procurarse en mí una aliada... Reconvenirme sería injusto, pues yo para nada he intervenido en el asunto. Y, dado el carácter de Carmencita, mi alianza sería inútil, en el improbable caso de que yo la ofreciera.

Carmencita es una niña independiente, que no consulta a nadie para elegir un vestido. Esto, en una mujer, significa que menos ha de consultar para elegir un novio. En efecto, rarísima es la que se decide en casa de la modista sin pedir pareceres a los suyos, o siquiera a las amigas. La que se compromete con un hombre sin pedirlos es, por cierto, menos rara.

¡Aceptar un marido! ¿Qué cuestión más grave para el caletre de una tímida e inexperimentada joven?... Pero ¡hacerse un vestido de visita o de baile! ¿Qué cosa de más trascendencia en la vida de una mujer que se respeta a sí misma?

Cualquiera que nos conozca superficialmente a mi hermana y a mí supondrá que he de aconsejarla y de dirigirla. Sin embargo, ella, con su aspecto ingenuo y casi infantil, es más firme que yo en sus decisiones. Tiene un aplomo y una seguridad que no puedo menos de admirar. Es de más carácter que yo.

También es... -no sé cómo decirlo...- menos franca, menos espontánea. En su alma, aparentemente tanto más sencilla que la mía, hay más repliegues y vueltas. Aunque no sea ostensiblemente coqueta, sabe echar ojeadas que atraen y deslumbran a los hombres. Lo hace sin voluntad de engañar. Lo hace por su instinto de mujer.

Si Carlos Alberto me pidiera que yo interviniese a su favor con Carmencita, ¿qué podría

contestarle? Diríale que mi hermana es dueña de sí misma y que yo carezco de toda autoridad o influencia para entrometerme en sus asuntos. Lo malo es que él no ha de creerme. Pensará que la "sabia Felicia" no ha querido convidarlos, a Carmencita y a él, con su agua mágica. Quizá piense cosas aun más disparatadas... ¡Los hombres son tan fatuos! Sólo podría comparar la fatuidad de los hombres con la instintiva falsía de las mujeres. Seguramente, lo que menos imaginará Carlos Alberto es que yo, antes que su opositora en el asunto de Carmencita, he sido su partidaria. No diré que lo fuera de un modo muy categórico y decidido; pero, por lo menos, he manifestado siempre a su respecto una opinión más bien amable. Como de costumbre, he sido sincera...

¿Qué culpa tengo de que él se haya equivocado sobre sus propios sentimientos, y de que Carmencita no haya caído en éxtasis ante su importante persona? Disparatado sería pedirme cuentas sobre materia en que no intervine ni hubiera podido intervenir. El mismo Carlos Alberto debe reconocerlo, si es que no le ofuscan el fastidio, el rencor, la vanidad herida. Lo único que yo podría haber dicho a Carmencita es que, si le ama, le acepte, y que si no le ama, no le acepte. Trataríase de un consejo bien elemental, más de una simple que de una "sabia". Pero mi hermana no ha necesitado que yo le de tal consejo. Ella pensó siempre lo mismo que yo. El matrimonio sin amor es como un guiso sin sal: no puede pasarse sino en caso de hambre.

XVIII

Por fin he venido a encontrarme hoy con Carlos Alberto, después de un mes de su descalabro amoroso o casamentero. No parecía muy desmejorado; era el mismo de siempre. Si empleó cierto tono elegíaco en alguna frase de su conversación, fue sin mucha amargura, como por hábito. Ni la más ligera alusión a Carmencita; todo parecía casi olvidado. Hizo bien en callar. Era lo más discreto.

Confieso que yo no las tenía todas conmigo. Me hubiera sido difícil contestarle en caso de que me hubiera hablado de sus antiguos festejos. Diciéndole crudamente lo que pensaba, podría haber llegado a ofenderle, y no abrigaba semejante propósito. Por otra parte, parecíame que callarlo era como alentarle a que siguiese perdiendo su tiempo...

Me habló sólo de cosas indiferentes. No obstante su recia figura, en la voz creí notar algún desfallecimiento, como el eco de un desengaño. La repulsa tiene que haberle dolido o en el corazón o en la vanidad, y tal vez en ambas partes. ¡No es tan agradable llamar repetidas veces a una puerta que se nos cierra en las narices! Si tal me ocurriera a mí, desventurada mujer, sólo de vergüenza me moriría... Los hombres son otra cosa.

Con amabilidad que me hizo el efecto de ser algo forzada, me preguntó si me hallaba otra vez absorbida por la pintura.

-No -le contesté-. Por el momento me ocupo en química, o, mejor dicho, de alquimia...

-¿Cómo así?

-¿No me decía usted que la "sabia Felicia" debía preparar su agüita mágica?

-Desde luego; pero para prepararla no necesita usted de la alquimia. Deje tranquilas sus retortas, hornillos, sopletes y alambiques.

-En tal caso nos quedaremos sin el filtro amatorio, que, a decir verdad, es una invención bastante ingenua, casi tonta, del autor de la novela pastoril aquella...

-Perdone que no coincida con usted, aunque la acompaña el mismísimo Cervantes, quien censuró tal fábula en la obra de Montemayor. Por mi parte, encuentro palpable e indiscutible lo del agua mágica...

-¿La ha bebido usted?

-No, hasta ahora. Pero tanto usted como yo, y algunas otras personas de *l'élite*, poseemos ese filtro.

-¿Fabricamos el agua?

-No; la tenemos en nosotros mismos, en nuestra vida interior, en nuestro espíritu. Allí está la fuente.

No pude menos de sonreírme, esta vez más burlona que escéptica...

-¡No se ría usted! -continuó Carlos Alberto-. Le repito que poseemos el agua mágica de la "sabia Felicia". ¿Sabe usted cómo se llama? ¡Imaginación!

XIX

No deja de ser ingeniosa la interpretación que da Carlos Alberto a la fábula de la novela pastoril. La imaginación puede muy bien ser un filtro mágico. Los temperamentos imaginativos son los más propensos a sugestionarse, a embellecerlo y trocarlo todo según los caprichos de su fantasía. Y, por su exagerado subjetivismo, son los que más se equivocan. No ven las cosas como son, sino como quieren que sean.

También Galíndez me dijo una vez que si me decidía a quererle, le querría. En otros términos: según él, con un poco de esfuerzo de la imaginación acabaría yo por verle de color de rosa. Hice el esfuerzo, y le vi más negro que nunca... De tanto aplicarme a pensar en mi galán llegó a ser como una sombra en mi pensamiento... Infero de ahí que la imaginación no ha de resultar en todos los casos tan poderosa como el agua mágica de la "sabia Felicia".

También María Teresa me dijo, ha tiempo, que en materia de noviazgos todo era cuestión de tener confianza y de resolverse. Lo demás, venía después sólo, por sí mismo... Pero es el hecho que yo no tengo confianza ni me resuelvo. No lo podría, por más que lo quisiera. Tengo como una imposibilidad física.

Fina ha observado que, más bien, los hombres y la mayor parte de las mujeres se deciden por una "bonita cara". El aprecio y la confianza, la parte espiritual del vínculo, viene más tarde, como una consecuencia de esa atracción que llamaré visual. Entonces es cuando idealizamos y embellecemos lo que, de suyo, no tiene idealidad ni belleza...

De todo esto saco una consecuencia. El amor se compone de una atracción doble, física y espiritual. En la física, no puede nada o sólo puede muy poco la imaginación. En la espiritual, por el contrario, tiene una fuerza decisiva. ¡Desgraciado del que se casa sólo por atracción física! ¡Desgraciado del que se casa sólo por atracción espiritual! Es como si en un pesado carro, con "lanza" para dos caballos, no se atara más que uno.

XX

Como sé mirar, me gusta la pintura. Como sé observar, adoro los viajes. Son mi verdadera, mi única pasión. He viajado bastante por Europa; pero desearía viajar más, siempre más, y no por países muy civilizados ni con largas estadías en las grandes capitales. Hallo a París, Londres, Viena, Berlín, Madrid, más o menos parecidos a Buenos Aires. Lo que me encanta es lo exótico y pintoresco. Pienso en Bizancio, Tokio, Pekín, Calcuta. ¡Eso sí vale la pena de verse, de comerse con los ojos!

Si fuera hombre, viviría de viaje. Como soy mujer, sólo puedo ir a donde me llevan. Viajo, pues, más con el espíritu que con el cuerpo. Para esto, antes que para amar, sí que me sirve

la imaginación, la supuesta agua mágica de la "sabia Felicia".

Me gusta viajar no sólo por el encanto de los paisajes, sino también porque me hacen olvidarme un poco de mí misma. En viaje no escribiría, por supuesto, estas malhadadas "memorias". Me curaría como por ensalmo del tonto sentimentalismo que, de tiempo en tiempo, me hace pensar en el destino, en el mundo, en el amor y en otras lindezas semejantes. Viajar es vivir soñando, y el sueño, cuando las realidades de la vida no son mayormente atractivas, es el descanso, la libertad, la felicidad. Sólo empañan ese cielo ligeras nubecillas de nostalgia. Echo de menos entonces, más que la patria, a algunas amigas predilectas, especialmente a Fina y a María Teresa. ¡No es posible alcanzarlo todo, porque si lo alcanzáramos, nuestra humana naturaleza, de puro ambiciosa y descontentadiza, inventaría algo nuevo que no estuviera a nuestro alcance! A cualquier parte que vayamos nos acompañará la desilusión, siquiera en dosis mínima. Es nuestra sombra proyectada en el camino: para delante, cuando la luz nos da de espaldas, y para atrás, cuando nos da de frente.

XXI

Tuve un sueño tan extraño como desagradable, más bien dicho, una pesadilla. Veíame casada con Galíndez. Ante el caballete pintaba yo algo como una cara que parecía un paisaje, o un paisaje que parecía una cara. Estaba sentada en una silla baja, absorbida por mi tarea. De pronto sentí que alguien daba una especie de estornudo, semejante a una imprecación. Era mi marido; sentado frente a mí en otra silla me miraba con unos ojos extraños, fulgurantes. Su nariz se arqueaba en forma de pico de loro, erizábanse sus bigotes, su tez se obscurecía...

Ante semejante espectáculo, estremecida de terror, comencé a alejarme de él; pero suavemente, como si me deslizara en el espacio, siempre sentada ante mi caballete, que me seguía, sin acercarse ni apartarse. De este modo yo podía continuar mi obra, simulando no ver a mi marido. Pero he aquí que éste, en la misma forma que yo, sentado en una silla, se deslizaba también, mirándome fijamente con ojos de ahogado o de basilisco...

Yo continuaba pintando, y él, mirándome cada vez más fijamente. Así íbamos, como flotantes en las tinieblas sin fin. Mas la distancia que nos separaba parecía acortarse poco a poco. A la larga, había de alcanzarme. Era una verdadera persecución...

Mientras me deslizaba por entre las sombras, fui perdiendo el caballete, la paleta, los pinceles, hasta la silla en que me sentaba. Igualmente perdió la suya mi marido. Nos deslastrábamos inconscientemente, como para aumentar la rapidez de la carrera. En vez de subir, descendíamos en los abismos, con una trayectoria que era una espiral y se cerraba al dar vueltas, como un embudo. Loca de pánico, yo no podía gritar. Friísimo sudor perlaba mi cuerpo, crispábanse mis manos, mi aliento desfallecía...

Conforme iba yo desmayando, parecía aumentarse la vida y furia de mi marido y perseguidor. Sus dientes blanqueaban en la noche como los de un animal carnicero. Sus uñas se convertían en garras. Sus brazos semejaban tentáculos que se tendían hacia mí. Era una especie de hidra humana. Y, poco a poco, se acercaba, hasta tocarme ya con manos como múltiples y fluctuantes. Por fin, lanzó una terrible carcajada de victoria: ya me tenía casi presa...

Entonces empecé a caer perpendicularmente en el abismo, y él caía, detrás de mí. Era un descenso eterno a través de las tinieblas. Nunca acabábamos de caer. También allí, después de que yo consiguiera ganar alguna distancia, se acortaba la que me separaba del monstruo.

Cuando llegó a aprisionarme, no ya entre sus manos, sino entre sus patas y tentáculos, lancé un grito... Mi voz me despertó: Jadeaba febril, con el corazón entre los dientes. ¡Pero estaba salvada! ¡Estaba salvada porque, en realidad, no me había casado con Galíndez!

¡Felizmente soy todavía soltera!

La pesadilla me ha demostrado, por modo simbólico, que semejante casamiento hubiera labrado mi desdicha. Para una mujer honrada, ¿qué persecución más terrible que las órdenes o caricias de un marido a quien no se ama? Harto comprendo que, en tales casos, puedan sentir un día, personas hasta entonces buenas, el más negro de los odios: el odio conyugal. Antes que esto no digo la soltería, ¡la muerte!

XXII

Los hombres suelen creer que para nosotras no tiene la elección de marido la importancia que tiene para ellos la de mujer. ¡Cuánto se equivocan! Como se ha dicho tantas veces, el matrimonio es un episodio en la vida de los hombres; en la de las mujeres es la vida misma. La razón estriba en las costumbres y también en el temperamento del sexo. El hombre vive fuera de la casa y para el mundo; la mujer, sólo en sí misma y para los suyos. De ahí que el capítulo ese del matrimonio ofrezca mayores cuidados que a ellos, hasta a las más frívolas de nosotras. Aunque parezca una paradoja, más hombres que mujeres se casan por casarse. Al menos las mujeres meditan mejor sobre el asunto, y, en general, como creo haberlo dicho, tienen un instinto más seguro. Están más cerca de la Naturaleza.

Un hombre como Carlos Alberto llegará fácilmente hasta a aplicar en su persona su teoría sobre la imaginación. Podrá atribuirle las virtudes y poderes del filtro que fabricaba la "sabia Felicia". Una mujer, no. La mujer es, si me es permitido expresarme tan vulgarmente, más a *terre-à-terre*; vive como a ras del suelo. Su imaginación salvo cuando sea una histérica insoportable- se reduce y circunscribe a las cosas pequeñas y delicadas. El amor nos resulta demasiado grande.

Atribúyome un temperamento excepcionalmente imaginativo en una mujer. Sin embargo, no me atrevería nunca a esperar que pudiera enamorarme por obra y gracia de la imaginación. Sólo llegaré a tan deplorable estado, si es posible, por obra y gracia de mis instintos, de mis sentidos, de mis ojos... Lo demás, *cest de la literature!*

XXIII

¿Y mi "novela"?... Indudablemente, debo dar por fracasado el proyecto de escribirla. No es de extrañarse... En suma, ¿qué es la vida, sino una interminable sucesión de proyectos y de fracasos? Conservémosla tersa y limpia como un espejo. Así reflejará más nítidamente el desfile de sombras que constituyen el sempiterno sueño de nuestra alma, el que yo llamaría "sueño imposible".

Se me dirá que alguna vez realizamos nuestros propósitos. Quizá. Pero después, ¿resultará lo realizado tan apetecible como antes se lo supuso? Detrás de todo nos acecha la desilusión. Lo más sensato es no dejarse alucinar por las sombras que pasan por el fondo del espejo. El único medio de no sufrir desengaños es vivir de antemano desengañado. De este modo, jamás nos desvelará el deseo de realizar nuestro sueño imposible.

Con toda prudencia voy a archivar estas deshilvanadas cuartillas en el arca más recóndita. Aun no es difícil que tenga el coraje de arrojarlas al fuego purificador. Representan una primera parte, casi un prólogo; pero no han de ser continuadas. Mis "memorias", pues,

quedarán truncadas. Tal vez sea lo mejor, porque así podré pensar que, en caso de terminarlas, hubieran sido perfectas. Una obra rigurosamente concluida y conservada nos quita el derecho de idealizarla a nuestro gusto. No podemos imaginar, en lo que debía de faltarle, el encanto de nuestro sueño imposible.

Si mal no recuerdo, hace apenas unas semanas creía hallarme en un momento "crítico" de la vida. Esperaba que me ocurriría "algo" decisivo... Pues bien, me he equivocado una vez más. Ni me hallaba en una verdadera crisis, ni me ha ocurrido nada importante. "Hoy como ayer, y mañana como hoy." Cuando me relea más tarde, me reiré de mí misma. Sólo hago votos para que entonces mi risa no se parezca al llanto... Comprenderé que el "algo" esperado era un fantasma, una locura; en fin, el sueño imposible.

Por otra parte, todos los momentos de la existencia son críticos, y siempre se espera "algo". Jamás estamos en completo equilibrio, porque esto implicaría la negación de la vida. Vivimos como elaborándonos a nosotros mismos. Vivimos con los brazos extendidos, esperando que se arroje en ellos el sueño imposible.

Ha de encanecer mi cabeza, y mi corazón permanecerá joven. Lo he de conservar así, porque lo cuido y tengo aprisionado. No he querido recoger las flores del borde del camino. Sé que entre ellas no está la que había de embriagarme con su perfume. No puede estar; no existe. Por esto, cuando, en mi último día, cierre por primera vez los brazos -que siempre tuve tendidos-, no hallaré calor en el beso que había de llegar. Era el beso del sueño imposible.

XXIV

¡Basta de crisis, de romanticismo y delirios a la luz de la luna! ¡Hasta la coronilla estoy ya de todas las tonterías que he escrito! ¡Poco me ha faltado para componer versos!... La vida hay que vivirla, no que filosofarla.

Sólo pensamos en el "estado de alma" cuando la tenemos enferma, como ocurre con cualquier otro órgano interno y vegetativo; por ejemplo, el hígado o los riñones. Muy sana debo de tenerla yo, que siempre he abominado de damiselas vaporosas y suspiradoras. Son la peor peste, porque personifican las dos más ingratas cualidades de los míseros humanos: el egoísmo y la vanidad.

Ahora comprendo que en estos últimos tiempos he padecido un ataque agudo de sensiblería, una especie de cólico hepático o nefrítico del alma. De otro modo no se me hubiera cruzado por la cabeza la idea de escribir mi "novela", en forma de "memorias". He tenido fiebre. He estado enferma. Desde hoy me declaro completamente curada, me doy de alta y vuelvo a ser lo que siempre he sido: una buena muchacha, incapaz de matar una mosca, y, por consiguiente, un ideal, es decir, un alado y rubicundo amorcillo. Siempre un amorcillo ha de ser más fuerte y bello que una mosca.

XXV

¡Eureka! Mi familia ha resuelto que nos vayamos a viajar por Europa. Lo ha resuelto, ante todo, por consejo mío. Es curioso lo que ocurre en casa. Me dicen extravagante, pues, parece que efectivamente lo soy un poquito para las cosas chicas. En cambio, paro las cosas grandes, generalmente se sigue mi dictamen. Mi extravagancia no consiste, por tanto, en falta de criterio; antes bien, en una vaga y modesta aspiración de independencia. Hallo injusto que por la sola circunstancia de ser mujer se me corten las alas y se me aprisione en

jaula de doradas rejas.

Sea como sea, esto del viaje es ya un proyecto de levantar el vuelo. En el extranjero tendré más libertad para visitar museos, observar costumbres, estudiar tipos. Allí podré hacer mi gusto sin exponerme a observaciones inmerecidas o frívolas censuras.

En el estado de ánimo en que ahora me hallo me es doblemente grato el viaje. Abandonaré mi patria por un tiempo, sin el menor remordimiento. Puesto que mi familia va conmigo no dejaré más afecto verdadero que el de mis amigas Fina y María Teresa. No me inquieta esto porque ambas son felices. Ya me escribirán, poniéndome al tanto de sus asuntos.

Embárgame, al hacer las maletas, un sentimiento como de liberación. Me parece que rompo mis cadenas. En realidad es así, pues haré un paréntesis, lo más prolongado posible, a mis preocupaciones. Voy a olvidarme de todo para no vivir más que del viaje mismo. Mis pulmones se dilatarán al respirar aires nuevos, mis ojos se embriagarán de paisajes, se aguzará mi inteligencia. Seré otra, ¡y seré mejor!

Al cambiar de sitio, viajando, parece siempre que se cambia un poco de persona. Por un proceso como de adaptación, me renovaré muchas veces. Hállome ya en el trance de la culebra que abandona su vieja y gastada piel y se endosa una flamante. Pues bien, proyecto variar de piel en cada nuevo país que visite. En España, seré española; en Francia, francesa; en Turquía, turca...

Acabaré por olvidarme de quién en definitiva soy. Pondré, al cruzar el Océano, un espacio de siglos entre lo pasado y lo presente...

¡Adiós, Buenos Aires! ¡Adiós figuras amigas y familiares! Estaba ya tan cansada de veros que no distinguía bien vuestros perfiles. De lejos os veré mejor. Apreciaré con más exactitud vuestras ventajas y defectos. Tal vez hasta reaccione y comprenda que me sois más gratas y necesarias de lo que supusiera. Tal vez llegue algún día hasta sentirme nostálgica de vosotras. ¡Es tan inconstante la naturaleza humana, que hasta la misma inconstancia acaba por cansarla!

El justiciero

I

"Catalina de Aragón", así como suena; nada menos que "Catalina de Aragón", se firmaba y se hacía llamar Felipa Danou, francesa de Montmartre. Y con este nombre histórico, presumiendo de noble y de española, se inscribía en los programas de los circos y teatros donde se la contrataba como "domadora de vampiros".

Hay que reconocer que los vampiros eran más verdaderos que su nombre. Habíalos comprado en Argelia a un cazador marroquí, y se exhibía con ellos, en una gran jaula de fieras, pretendiendo haberlos domesticado y educado...

Sin embargo, los chupadores de sangre estaban muy lejos de poseer la dócil inteligencia de tantos perros, focas o elefantes "sabios". Apenas si reconocían a Catalina cuando los llamaba. por sus pintorescos apodos: "¡Sanguijuela!... ¡Borracho!... ¡Lucifer!..." El éxito de la domadora, harto dudoso por cierto, estribaba más bien en una "danza serpentina" que bailaba dentro de la jaula. Mientras torrentes de luz roja y azul le daban matices fantasmagóricos, revoloteaban a su alrededor, electrizados por su voz aguda y dominante, los enormes murciélagos, ávidos de sorberle la sangre bajo su piel pintada y sudorosa.

Pronto se cansó el público parisiense de Catalina y de sus vampiros. Se hacía necesario inventar cuanto antes otra cosa, porque los empresarios no se arriesgaban ya a contratar un espectáculo tan gastado, y ella no se decidía a abandonar su querido París...

Mejor dicho, su marido o amigo, el lindo Raguet, era quien no le permitía abandonar París. Este Raguet era un parisiense incurable. No concebía la vida sino vagando por los bulevares, teatro de sus fáciles conquistas...

Como lo había sido con muchas otras, Raguet era un tirano con Catalina. Siempre insaciable de dinero, golpeábala brutalmente cuando ella no se lo proporcionaba. Por esto, la domadora, al notar el creciente descrédito de sus vampiros, se veía obligada a resolver un dilema irresoluble: o contratarse en barracones de tercero y de cuarto orden, donde se pagaba poco a las "artistas", y exponerse, por consiguiente, a las diarias sobas de Raguet, o bien abandonarle y marcharse con sus animalejos en gira por las provincias y el extranjero...

Esto último se le hacía imposible. Los golpes y las caricias de Raguet le eran tan indispensables como el aire. Prefería morir insultándole, martirizada por sus manos implacables, a obtener lejos de él éxitos y contrataciones...

Felizmente, vino a socorrerla una casualidad propicia. Sucedió que una norteamericana millonaria y extravagante le ofreció comprarle los vampiros... Pidió ella un precio disparatado, justo el que le pidieran por un joven y gigantesco mono chimpancé que deseaba domesticar... Y la norteamericana, después de regatear en vano, acabó por pagar a Catalina el precio que pedía.

Adquirido el mono, liquidó Catalina su última contrata y se retiró con él a una casita de los alrededores de París, dispuesta a amansarlo y a adiestrarlo. Con la idea de las ganancias que le podría proporcionar la adquisición, Raguet le disculpó este alejamiento del centro de la ciudad. Con frecuencia iría a visitarla, siquiera en las noches en que no dispusiera de otro refugio.

Cónsul, tal era el clásico nombre del mono, prometía nutridos aplausos y considerable provecho si llegaba a presentarse amaestrado en la escena. Era un bello ejemplar de su raza, alto, membrudo, fuerte, de mirada inteligente y viva, de suave y aterciopelado pelaje. Lo malo era su humor hosco, impulsivo y variable. En su boca bestial se sucedían rápidamente salvajes contracciones de cólera y perrunas sonrisas. En los días de *spleen*, mordía y quebraba cuanto hallaba a su alcance. Muy prudentemente, Catalina lo tenía encerrado en una sólida jaula de hierro, al menos hasta que se mostrase más tranquilo y sociable.

II

Todos los medios conocidos empleó la domadora para domesticar a *Cónsul*: el hambre, los golpes, el fuego, la electricidad, los gritos, las caricias... Pero apenas consiguió que el antiguo gigante de los bosques la conociese y respetase. Con los extraños, *Cónsul* se mantenía siempre en su antigua ferocidad, y tanto, que no se le podía sacar de la jaula... Una vez lo intentó Catalina para enseñarle a comer en su mesa. Mientras estaba en *tête-à-tête* con ella sola, la lección no marchó del todo mal. El mono la obedecía, y al equivocarse, le pedía perdón con los ojos húmedos como los de un enamorado... Mirándola, solía distraerse y desatender sus órdenes. Entonces ella lo reprendía, y castigaba severamente con una varita de metal...

Conforme adelantaba la lección y menudeaban las reprimendas y castigos, *Cónsul* se iba poniendo más y más huraño y nervioso, y gruñía con los dientes apretados, o bien gemía y

se mordía las uñas, conteniendo su furor... Catalina, como se diese cuenta, con su instinto de mujer, de que el mono nunca se atrevía a atacarla, continuaba el amaestramiento, impávida y decidida... En un instante en que, después de varias equivocaciones del discípulo y de los consiguientes varazos de la maestra, *Cónsul* se clavaba las garras en los muslos para desahogar su furia, entró Raguét en la habitación. No bien le vio, abalanzóse el enfurecido animal sobre él, como dispuesto a matarle... Un grito a tiempo de Catalina lo contuvo, y el hombre pudo retirarse bien librado, a costa de unos pocos rasguños. Era evidente que *Cónsul* le profesaba un odio terrible. Le conocía y hasta olfateaba su presencia desde lejos. En cuanto pisaba la casa, de día o de noche, aunque para nada se acercase a la habitación donde se hallaba la jaula, *Cónsul* se ponía como fuera de sí. Bramaba, daba grandes manotadas en el aire, se sacudía contra los barrotes de hierro... Muchas veces, antes de que Catalina viera a Raguét, conocía su aproximación por las demostraciones del mono, quien ni escuchaba entonces sus voces...

-Tiene celos de ti -decía después a Raguét.

Y Raguét le contestaba, meneando la cabeza y como si él hubiera contribuido en la compra:

-Me temo que hayamos hecho un mal negocio con el animalucho. ¿Por qué no lo vendemos?

Catalina sabía que venderlo era dejar la suma casi íntegra en las uñas del disipado de Raguét; además, ella no desesperaba de amaestrar a *Cónsul*, y hasta le tenía algún afecto. Por esto respondía:

-Tengamos paciencia. Es muy inteligente. Parece un hombre; no le falta más que hablar. Con el tiempo ha de aprenderlo todo. Dejará lejos a *Pichón*, el elefante de Niní de Montecristo. ¿Y sabes cuánto le pagan a Niní en el Olimpia?... ¡Mil francos por noche! Ante el convincente argumento del caso de Niní, Raguét se callaba, mas no sin decir antes a Catalina:

-Si es así, debes darte prisa en amaestrar a tu *Cónsul*. ¡Van ya para tres meses que estás de haragana, sin hacer nada!

Raguét iba para treinta años, su edad justa, que vivía de haragán, sin hacer nada más que gastar el dinero ajeno... No obstante saberlo muy bien Catalina, se limitaba a pedirle perdón:

-¡No te enojés, Raguét! Cada uno hace lo que puede... La gente estaba ya cansada de los vampiros...

Sin contestar a la domadora, Raguét, con un hambre de diez o doce horas de vagabundeo, replicaba enérgicamente:

-¡Basta de *Cónsul*! Dame pronto lo que tengas de comida...

Y Catalina corría a la cocina, de donde volvía triunfante, a la media hora, con alguna cazuelilla improvisada. Servía a su hombre, con el mejor vino de que disponía, y le contemplaba como en éxtasis. Aunque él comía a dos carrillos, ni siquiera entonces dejaba de hacer sentir su autoridad con repetidos rezongos y quejas:

-¡Esto es una porquería!... Apenas si puede probarse... ¡Es estúpido que no tengas nada mejor, cuando Niní convida con champaña y con trufas a Sansón, el hombre de las pesas falsas y de los músculos postizos!

Catalina le tranquilizaba, como diciéndole con su mirada cariñosa:

-Espérate a que eduque a *Cónsul* para convidarte con champaña y con trufas, como Niní a Sansón, el hombre de las pesas falsas y de los músculos postizos...

Una noche estuvo Raguet más exigente que de costumbre. Necesitaba trescientos francos... -¿De dónde quieres que los saque?... -gimió la infeliz Catalina-. Ya no me quedan diez céntimos de lo último que cobré... Debo un mes de alquiler... Ayer pedí prestados quinientos francos a Blondeau, el empresario, y ese gordo tacaño no me quiso adelantar más que cincuenta... ¡Alhajas no tengo, ni crédito, ni trabajo!... ¡Perdóname, Raguet, ten lástima de mí!...

-¡Mientes! -vociferó Raguet-. Debes tener más dinero guardado... ¿Con qué comes, pues?... -Te juró que no tengo más, ¡te lo juro por las cenizas de mi madre, Raguet!... Yo no puedo volverme monedas...

-Dame siquiera esos cincuenta francos que te prestó el imbécil de Blondeau...

-¡No los tenga ya! ¡No los tengo!... He pagado con ellos al panadero, al mercado y a la muchacha de servicio, que se fue hoy y me ha dejado sola...

El lindo Raguet, frenético de impaciencia, apostrofó a Catalina con las peores injurias de su muy rico y variado repertorio. Y, cuando se cansó de insultarla, le asestó feroces bofetones y puntapiés, practicando su máxima favorita: "Las mujeres son como las aceitunas. Hay que batirlas duro para que den aceite, y cuanto más se bate más aceite dan." Esta máxima, repetida a los compañeros del aperitivo ante la mesa del café, en el preciso momento de escupir el hueso pelado de una aceituna a dos varas de distancia, tenía siempre un éxito loco. También lo tenía aplicada en las nalgas enrojecidas y en las mejillas ensangrentadas de Catalina de Aragón, la domadora de vampiros...

Como realmente aquella noche carecía de dinero la pobre mujer, los golpes fueron más recios que de costumbre. La domadora gritaba y gemía como si la desollasen viva...

De pronto, se sintió en el silencio y en las sombras de la desolada casita ruido de hierros y de maderas, pasos pesados y torpes que se acercaban, un formidable golpe dado contra la puerta...

Raguet y Catalina se miraron, y la puerta se abrió... Ante la vacilante luz de la bujía vieron a un demonio inmenso, que se adelantaba lentamente sobre sus dos patatas, con los ojos fosforescentes de cólera... Era *Cónsul*, el mono chimpancé. Al oír los gritos de Catalina había sacudido con tal fuerza la puerta de su prisión, que la había quebrado... ¡Venía a socorrer a su ama!

De un golpe derribó a Raguet... Tomó a Catalina en los brazos... Le lamió las heridas con la rugosa lengua, y se la llevó cargada, como a una criatura...

Al volver en sí, Raguet recordó que en la casa no había nadie a quien pedir auxilio. Tomó el sombrero y huyó cobardemente, sintiendo siempre detrás de sí los pasos vengadores de *Cónsul*...

A la mañana siguiente, requerida por un vecino que oyera durante la noche extraños gritos, la policía entró en la casa desierta... Al registrarla, halló al mono en su jaula, sentado sobre la paja, arrullando tiernamente en sus brazos a una mujer pálida, exánime, fría... Catalina, la domadora, había muerto de terror.

La tiranía del "bridge"

Siempre que he tenido noticia de un suicidio he lamentado que su autor no nos expusiera en público testamento, para ejemplo de sus semejantes, las causas de su funesta determinación de quitarse la vida... ¡Y he aquí que yo mismo me siento próximo a eliminarme del mundo!

¿Por qué no indicar, pues, a los muchos hombres que dejo detrás de mí, el escollo contra el cual chocó mi barca y puede chocar la de ellos?... ¡Oídmeme, oh mis amigos, mis conciudadanos, mis prójimos, y creedme cuanto me oigáis, y medítadlo! Creedlo, porque, con un pie en la tumba, no podré decir más que la verdad; medítadlo, porque tengo, ¡ay!, la amarga experiencia de quien ha visto fracasar todas sus ilusiones y esperanzas.

El caso es que la Muerte se me ha presentado con un disfraz amable. Me avergüenzo de confesarlo; pero el caso es que la Muerte vino a buscarme y me tentó en la forma..., ¿cómo decirlo?... de un juego de naipes, ¡el *bridge*! Supondréis que fui un jugador desgraciado, que perdí mi fortuna, mi crédito, lo que tenía y lo que no tenía, y que he resuelto suicidarme para no sobrevivir, a la deshonra de mi bancarrota... ¡Nada de eso! Mi historia carecería, en tal caso, de toda originalidad y podría contarse en dos palabras... El *bridge* no es un juego peligroso, como el *poker* y el *baccarat*, y, además, desde ahora os adelanto que he sido más bien un jugador afortunado... ¡Y aun os digo que no soy jugador por temperamento, y, si mucho me apuráis, que hasta odio el juego! No fueron el amor ni la práctica del *bridge* las causas de mi desgracia, ¡antes bien, mi antigua ignorancia y mi adversión actual!

Era yo administrador de una de las mejores "cabañas" del país. Después de pasar en ella, para acreditar mis servicios ante mis tíos, los propietarios del establecimiento, una larga temporada, vine el año pasado a Buenos Aires a presentar los mejores productos de mi industria en la Exposición Rural. Obtuve varios premios, y el éxito me decidió a tomarme un mes de vacaciones en la capital, distrayéndome como correspondía a mi juventud y a la buena posición social de mi familia.

Ya el día en que llegué de la estancia me preguntó mi cuñada si sabía jugar al *bridge*...

Como yo le dijera que no, me dio un consejo:

-Debes aprenderlo cuanto antes... Ahora todo el mundo lo juega... No te lo enseñó yo porque es demasiado difícil y soy todavía bastante chambona. Pero como se juega en todas las casas de nuestros parientes, no te faltarán oportunidades.

Al día siguiente asistí a una comida del llamado "gran mundo". Había muchos caballeros de frac y muchas damas elegantemente vestidas de baile. Como en la mesa no se habló más que de noticias sociales que yo ignoraba, y de *bridge*, tuve que guardar desairado silencio. En cuanto acabaron de comer, todos pasaron al salón a engolfarse en el juego de que hablaban. Me invitaron, y tuve que rehusar...

-¡Cómo! ¿Usted no sabe jugar al *bridge*? -exclamó la dueña de casa, mirándome de pies a cabeza con sus impertinentes... Y luego añadió, arete sus invitados:

-Esté señor no sabe jugar al *bridge*!

Su exclamación, dicha del modo más despreciativo, produjo consternación y casi espanto. Todos me rodearon, observándome como a un animal extraño o a un criminal terrible. La distinguida señora trató de disculparse, con excelente mímica, levantando la mirada al cielo y bajándola después hasta su marido, como si le dijera: "¿Y éstos son los amigos que traes a tu hogar?..."

Imploré perdón, balbuciendo débiles excusas sobre mi rusticidad, y todos se sentaron a jugar, sin hacer más caso de mí... Como una ánima en pena, erré solitario de un lado a otro, de mesa en mesa, sin saber dónde ocultar mi ignorancia y mi bochorno. Hubiera deseado que me tragara la tierra, porque la empresa de interrumpir a aquellos fanáticos para despedirme era hartamente difícil. Y tanto, que al fin salí huido como un ladrón...

De vuelta en casa, hallé sobre mi mesa de luz la amable esquila de un estanciero inglés que me invitaba a otra comida para la próxima semana. Al pie de la tarjeta decía: "Se jugará al *bridge*." ¡Qué prácticos son estos ingleses! ¡Cuánto mal rato y cuánto aburrimiento se me

evitaban con ese sencillito agregado: "Se jugará al *bridge*" ! Naturalmente, me excusé, por cualquier motivo, pues ya no me atrevía a confesar que ignoraba el juego de moda...

Fui al club a encontrarme con mis amigos. Y, salvo en el comedor, no pude cambiar dos palabras con ninguno; todos estaban jugando al *bridge*...

Y estar entregado a esa ocupación era como estar en la luna. Su majestad el *Bridge* resultaba el más absorbente de los déspotas. Vi que sus súbditos, cuando tenían las cartas en la mano -es decir, en todas las horas que les dejaban libres sus trabajos más apremiantes-, eran ciegos, sordos y mudos para el mundo... Mis parientes en sus casas, mis relaciones en sus tertulias, mis amigos en el club, todos parecían olvidarme por completo para entregarse a su diversión favorita. Entonces comprendí la paciencia de Job y compadecí a los leprosos abandonados en islas solitarias.

Sólo mi amigo Joaquín Villalba interrumpió alguna partida para decirme, como oportuna advertencia:

-No salude usted nunca a los que juegan al *bridge*, Alberto, porque no lo ven... Ni les hable, porque no lo oyen... Y hasta es bueno que ni les mire, porque, si no tienen suerte pueden pensar que usted les trae desgracia, ¡y no hay peor reputación que la de *jettatore*!

-¡*Jettatore*! ¡Yo, *jettatore*! ¡Pues no faltaba más -exclamé, amoscado-. Pero ¿qué placer pueden encontrar esos... ingenuos en pasarse la vida cavilando y cavilando sobre los naipes, ya que, según dicen, el tal juego no da nunca gran provecho al bolsillo?

-¿Qué placer? -me replicó Villalba mirándome con más lástima que ira-. ¿No sabe usted que el *bridge* es un juego intelectual, casi científico, propio de estadistas y de filósofos? O mejor dicho, que no es un juego, ni un placer...

-¿Y qué es, entonces? -pregunté en el colmo del pasmo.

Volviéndome la espalda, Villalba repuso con la solemnidad de un neófito:

-El *bridge* es una religión.

Este último argumento me pareció tan contundente que dejando mis antiguas preocupaciones contra las cartas, resolví profesar esa nueva religión de ases y de damas. Pero yo nunca había tocado unas barajas francesas. Detestábalas de todo corazón. No conocía más juegos que el *burro* y la *cara sucia*. Con tan pobres conocimientos y tan escasa afición, pedí a unos parientes compasivos que me enseñaran a jugar al *bridge*, siquiera por el buen nombre de la familia...

Diéronme dos o tres explicaciones sobre "triumfos" y "sin triunfos", "arrastres" y "descartes", "bazar" y "honoros", *tricks* y *schelems*, en fin, sobre mil cosas extrañas para mí tan difíciles como si me expusieran en japonés teoremas de mecánica celeste...

Llegué a acobardarme. Pero Joaquín Villalba, mi amigo y compañero de club, me estimuló de nuevo dándome preciosos datos:

-Es un juego helénico -me dijo-. Tiene la sutileza propia de ese pueblo genial y decadente. Se presta a admirables combinaciones. En toda Europa no hace hoy otra cosa la gente que se aprecia y se respeta. Y es tal el entusiasmo que despierta, que no sólo se practica en los salones, clubs y casinos, sino también en los trenes, en los tranvías, en los antepalcos de los teatros, durante las representaciones; en las antesalas de los dentistas...

-¿Y en los despachos de los ministros?... ¿Y en las sacristías de las catedrales?... -pregunté, por preguntar cualquier cosa.

Mi interlocutor prosiguió, como si no me oyera:

-El rey Eduardo VII tomó un maestro para aprenderlo, y lo ha puesto de moda. En Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Turquía y en Holanda se han abierto cátedras de la asignatura.

Fue esto último para mí como un rayo de luz. ¿No podría yo también asistir a una cátedra de *bridge*, o tomar, por lo menos, un profesor particular, como Eduardo VII, rey del Reino Unido y emperador de las Indias?

¿Acaso debía considerarme yo algo más importante y solemne que un emperador de las Indias?

Como adivinando mi pensamiento, Villalba agregó:

-Puede usted buscar quien se lo enseñe... Porque debe usted saber que un caballero que no sabe jugar al *bridge*, ¡no es un caballero!

¡Era demasiado! ¡No, por Cristo; aunque pasara lo de *jettatore*, yo no podía dejar pasar lo de no ser caballero!... Así fue como en el mismo día puse, con mi nombre y mi dirección, un aviso en dos importantes diarios:

"Se necesita un profesor de *bridge*. Es inútil presentarse si no se posee especial competencia, demostrada en algún diploma técnico o universitario. No estarán demás otras recomendaciones."

Nada me gustaron los dos o tres profesores que al día siguiente se presentaron en casa. No traían diplomas ni recomendaciones. Más que austeros sacerdotes de la religión del *bridge*, más que aristocráticos súbditos de su majestad el *Bridge*, parecíéronme aventureros y caballeros de industria. Por esto los despaché...

Muy desalentado, confesé mi fracaso en el club. Allí se me recomendó que, antes que profesores, me procurase los muchos y profundos tratados de la materia... E inmediatamente escribí a mi librero:

"No me mande usted las obras de Shakespeare y de Balzac que le pedí me enviara a la estancia. Mándeme, en cambio, a casa, mañana mismo si es posible, todos los libros de *bridge* que encuentre, en cualquier idioma. El pedido es urgentísimo."

A las veinticuatro horas recibí un cargamento de libros. Eran todos tratados y manuales de *bridge*; cinco en inglés (de los cuales uno contaba 537 páginas en octavo), seis en francés, uno en holandés, dos en alemán y hasta uno en español. Importaban una factura de 253,10 pesos moneda nacional, que pagué sin murmurar, y llenaban dos estantes de mi biblioteca. Desalojaron a Dickens y a Cervantes, que, por falta de espacio, tuve que desterrar al sótano. Me agarré a mis libros con la avidez de náufrago que se ase a una tabla de salvación. Leí concienzudamente los mejores, entre ellos uno que tenía un prólogo de Alfred Capus. El aplaudido dramaturgo francés recomendaba el *bridge* en entusiastas párrafos: Era este juego un antídoto contra el *spleen*. Era la mejor imagen de la vida. Era el astro propicio de los nacimientos, la piedra filosofal que buscaron en vano los alquimistas, la panacea de todos los males, y muchas y muchísimas cosas más, no menos buenas y brillantes...

Compré también varios juegos de naipes, y me ensayé con ellos, representando "partidas tipos" y resolviendo "casos prácticos", como si jugara al "solitario". Tanto estudié y aprendí que, después de una semana de preocuparme exclusivamente del *bridge*, llegué a conocer su mecanismo. ¡Eureka! Ya nadie me supondría importuno *jettatore*, ¡ya nadie dudaría de mi caballerosidad!

Con la agradable idea de jugarlo me dirigí temprano al club, a las dos de la tarde, para atisbar la primera partida e iniciarme cuanto antes. Iba tan satisfecho como el adolescente que estrena su primer reloj de oro, o, más bien, como el alférez que se pone, en día de parada, su primer uniforme de gala: ¡Oh, día inolvidable! A las tres me senté a jugar, "baratito", a diez centavos el punto... A las cuatro había perdido ciento diez pesos... A las cinco ciento ochenta... A las seis, cerca de trescientos... A las ocho pasamos al comedor. Yo perdía quinientos y pico, ¡pero sentía una satisfacción interior que valía miles de miles!

Después de comer reanudamos la partida, que fue prolongándose y prolongándose hasta las diez de la mañana siguiente... Yo quería seguir jugando aún; pero mis compañeros se negaron, porque se caían de sueño, y me prometieron el desquite para cuando lo pidiese... Porque yo perdía... ¿Cuánto? Ya ni me acuerdo; sólo sé que llevaba mis bolsillos llenos de cheques en blanco, por prevención, para responder en caso de apuro. ¡Y no me vinieron mal los cheques!... Además, nadie me apuraba. Mis *partners* eran mis amigos y conocían mi honestidad. El dinero ganado no les producía el menor gusto por sí mismo, sino por el triunfo que representaba. Así al menos lo creía yo, y ellos también lo creían...

La chapetonada del aprendizaje me costó, en una semana, un par de miles de pesos. Pero pronto aprendí a jugar discretamente, equilibrando pérdidas y ganancias. Como Dios protege a los inocentes, tuve suerte y llegué a ganar algunas veces. Y como la suerte viene por rachas, no sólo en el juego fui feliz, sino también en los negocios y en el amor.

Los toros y ovejas de la "cabaña" se vendieron a excelentes precios, y mis tíos, los dueños del establecimiento, aumentaron en premio el tanto por ciento de mis ganancias. Y si me fue bien con mis toros, mis ovejas y mis tíos, mejor me fue con mi novia.

Mi novia, es decir, mi prometida, era una niña encantadora, llamada Clarita. Conmovida por mis miradas incendiarias me ofreció su casa, y su madre me invitó a comer. Mi nave iba viento en popa...

Durante la comida dije a la niña muchas ternezas. Ella me agradecía, ruborizábase y bajaba los ojos... Yo era el más contento de los hombres sentado ante una mesa donde se servía una mala comida (porque la comida era mala, lo diré de paso).

Después de comer -¡y aquí principia el cambio de mi fortuna!- pregunté a mis futuros suegros si les gustaba el *bridge*... Esperaba yo me contestaran que deliraban por él, como personas *comme il faut*... Pues, en vez de eso, el dueño de casa se rascó la nariz, preguntando extrañado:

-¿El *bridge*?... ¿Es un juego de billar?

Sentíme en el colmo de la indignación. ¿De dónde podría salir esta gente, que no sabía lo que era el *bridge*? Creí que ante mis plantas se abría un abismo... ¡No, yo no podía aliarme con una familia tan... cualquier cosa! ¡Yo no podía quedar un instante más en una casa tan cursi! Por esto, sin contestar al anfitrión si era o no el *bridge* un juego de billar, me despedí bruscamente.

Salí de la sala tan fastidiado que no permití que nadie me acompañara. En el *hall*, mientras me ponía el gabán, oí que los dueños de casa se consultaban, estupefactos.

-Se irá porque tiene siempre la costumbre de jugar al billar después de comer -decía la señora.

-Tal vez -contestaba el señor-. Pero más bien parece que le ha hecho mal la comida... Se ha indispuerto repentinamente. Deberíamos haberle ofrecido unas gotas de láudano.

No articuló palabra Clarita; pero sus ojos negros, cuajados de lágrimas, me dijeron muchas cosas en una última mirada. Con el dardo de esta mirada clavado en el pecho me volví a Venado Tuerto, a la estancia, donde me requerían urgentes trabajos. Claro es que llevé conmigo la biblioteca de *bridge*, tres docenas de juegos de naipes y una gruesa de "anotadores".

Enseñé el *bridge* al mayordomo y a su mujer, culto matrimonio de ingleses; al médico del pueblo, a varios vecinos estancieros y a otras muchas personas. Supe inculcar a todos el entusiasmo de mi amigo Villalba; repitiéndoles cuanto le oyera respecto de Eduardo VII y demás. El *bridge* llegó a ser el juego predilecto del mundo *fashionable* de Venado Tuerto. Casi todas las semanas tenía que encargar barajas francesas a Buenos Aires el pulpero de la

estación, pues menudeaban los pedidos.

Pasé así un año más, ocupado en la interesante faena de la cría y distraendo mis ocios con el carteo del *bridge*... ¿Llegó a gustarme este juego? No tengo ahora el menor reparo en declarar que siempre me aburrió soberanamente. Pero entonces yo no me lo quería confesar a mí mismo. En cambio, el mayordomo me confesaba cada día su creciente afición... No es esto para extrañarse, porque el *bridge*, en razón de mis frecuentes distracciones, le producía un bonito sobresueldo.

Pronto llegó la época de una nueva exposición rural, y me vine a Buenos Aires con tan notables ejemplares lanares y bovinos, que creí seguro esta vez sacar los primeros premios. Olvidaba que había más de un centenar de criadores no menos "seguros" que yo...

Mas esto no nos interesa. ¡Lo que sí interesa a mi caso es lo que me ocurrió en el club! Pues me ocurrió que, en cuanto instalé mis animales en la Exposición Rural, fui allí a reanudar mis partidas de *bridge* del año anterior. Me encontré con Joaquín Villalba, mi amigo, el infatigable clubman, a quien se lo propuse...

-¿Qué dice usted? -exclamó fuera de sí-. ¡Jugar al *bridge*! ¿Estará usted todavía enfermo de *bridgemanía*? ¡Pues está usted fresco de noticias, querido Alberto!

-¿Cómo? -pregunté sin comprender.

-Ya nadie juega al *bridge*, mi amigo; nadie, nadie..., salvo los *rastaquères*, los cursis, los *guarangos*. Sólo por *esnobismo* pueden hoy jugarlo *dandies* provincianos y trasnochados. Estaría bien jugar para divertirse... Y se ha demostrado matemáticamente que el noventa y cinco por ciento de las personas que jugaban al *bridge* se aburrían. Es un pasatiempo rutinario y mecánico: ¿De dónde sale usted, que no lo sabe?

Yo repuse ingenuamente:

-Vengo de Venado Tuerto.

-¡Ah, comprendo! -agregó Villalba-. ¡En Venado Tuerto lo jugará hasta el cura!

-Cierto...

Mi amigo lanzó una sonora carcajada, diciéndome:

-¡Y nos viene usted con la moda de Venado Tuerto!

Nada repliqué, más confuso que fastidiado...

-Si no quiere usted que le demos patente de cursilería no vuelva a invitar a nadie a jugar al *bridge*, ¡por favor!, ni al *mus*, ni a la brisca, ni a la escoba...

-¿Y a qué juegan ustedes?

-Al truco. Este es hoy *le mort d'ordre*. ¡El truco!

-¿Eduardo VII juega también al truco?

-¿Eduardo VII? No sé. Pero el príncipe de Gales se muere por él. Lo aprendió de Alfonso XIII, y a Alfonso se lo enseñó Viñas, el conocido diplomático argentino... Es una moda que hemos sacado los argentinos. Algo habíamos de dar a la civilización. Y como el *cake-walk* es yanqui, el poncho general en la América española y el mate paraguayo...

-¡Viva el truco! -aclamé- con colérica alegría-. El rey ha muerto, ¡viva el rey!.

-Sí, mi querido amigo. El *bridge* ha muerto, ¡viva el truco!

Tenía razón, mil veces razón tenía mi amigo Villalba. Bien pronto lo comprendí. Y desde entonces resolví vengarme de todo lo que había jugado al *bridge* por hábito y con placer hartamente mediocre o negativo. ¡Lástima que me vengué demasiado bien!

Pues sucedió que me encontré de nuevo con Clarita, y que su mamá volvió a invitarme a comer. Fui lleno de júbilo. En la casa me hallé con otro invitado, evidentemente también pretendiente de Clarita.

La comida transcurrió sin novedad. Me di fácilmente cuenta de que yo era el preferido de la

niña. Mi rival estaba de reserva, por si yo no me decidía... Después de comer pasamos al salón, donde -¿quién lo creería?- los dueños de casa hicieron el elogio del *bridge* y se empeñaron en que lo jugáramos. Me negué, con impaciencia. Creyendo que mi negativa fuera para no aburrirlos, insistieron, y tanto insistieron, que no me quedó más remedio que escaparme... Pues esa misma noche, interpretando mal mi huida, Clarita se comprometió con mi rival, que, como todos los rivales, me parecía un tonto de capirote.

Comprendiendo tarde, ¡al perderla!, cuánto amaba a Clarita me volví desesperado a la estancia. En cuanto llegué, el mayordomo, reforzado con la mayordoma, me instaron a jugar al delicioso juego... Loco de rabia, les contesté del peor modo... El mayordomo se irritó a su vez... Los dos gritamos desaforadamente... La mayordoma se echó a llorar y me dijo que yo no era un *gentleman*... En fin, se armó tal camorra, que tuve que echar del establecimiento al matrimonio inglés.

El matrimonio inglés fue a quejarse a mis tíos, los propietarios. Mis tíos se enojaron conmigo y repusieron al mayordomo, cuyos servicios de veterinario eran todavía más indispensables que mis cuentas de administrador general. Reñí con mis tíos. Me retiré de la estancia, perdí mi puesto, ¡y me encontré en la calle, con una mano atrás y otra adelante! No quiero seguir narrándoos mis desdichas, ¡oh, lectores!, porque temo conmoveos demasiado. En pocas palabras os diré que por ese maldito *bridge* perdí mi novia, mi posición y hasta mi nombre. La desgracia es como una bola de nieve. Ha caído sobre mí y me ha aplastado. Hoy soy un pobre náufrago sin rumbo ni salvación posible. Por esto he resuelto acabar con mi vida... Y si cuento mis desdichas en este testamento público es para que él sirva de ejemplo y de escarmiento a mis amigos, a mis conciudadanos, a mis prójimos.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).